

Modelo tomará en cuenta los esfuerzos que hago para probarle mi humilde sumision á todas sus órdenes.

Este pensamiento es para mí tan dulce, que ya no sé ahora qué partido tomaria si tuviese libertad para elejir entre quedarme en F*** ó ir á Paris.

¡Es tan bueno poder decir: “Estoy donde Dios quiere que esté!” Sí, entónces está uno bien, y en cualquiera parte se halla uno á su gusto.

Adios, otra vez. ¡Hasta cuándo te volveré á escribir? lo ignoro; solo te aseguro que será fechada mi carta en la capital del reino cristianísimo. Carolina, ruega mucho á Dios por mí, y dispénsale tu cariño, á pesar de sus debilidades y defectos, á tu sincera amiga

SOR TERESA.

CARTA XXIII.

Paris, Hospital de San Luis.

Todavía brota sangre mi corazon, querida Carolina, cuando pienso en F*** y así no puedo resistir al deseo de hablarte de él una vez más. Temiendo el instante de la despedida, habia yo tenido en secreto, cuanto pude, mi viaje; Nuestra Madre, mis hermanas, el Señor Cura y su vicario eran los únicos que lo sabian. Sin embargo, la vispera de mi partida, se divulgó la noticia por todo el pueblo, cuyos buenos vecinos, hombres, mujeres y niños, vinieron unos en pos de otros á hacer titubear mi valor con la sencilla expresion de su sentimiento. Todos me pedian algun recuerdo, con lo que agoté mi provision de rosarios, estampas, medallas, etc., y no solo la mia, sino la de mis hermanas, á quienes envié de Burdeos otra

nueva coleccion parar eponerles las suyas; porque has de saber que Nuestra Madre me fué á dejar hasta esa ciudad, donde pasé dos dias, teniendo el gusto de volver á todas mis antiguas compañeras, á mi inolvidable Superiora Sor Catarina, á tu prima Aurelia, cuyo fervor no se ha desmentido; á la Sra. Leuplan, que me dió noticias de la salud de la Srita Raffet; en fin, del Señor Cura, el condiscípulo viejo de mi padre, y á mi estimado y traidor médico.

El tiempo corrió muy aprisa, y como estaba tomado de antemano mi asiento en la diligencia, tuve que separarme de nuevo de todas esas personas cuyo recuerdo no se borrará nunca de mi corazon. Pero, te lo confesaré, salí de Burdeos casi contenta. Quizá te parecerá mal, pero tengo una excusa que darte, que estoy segura admitirás con aprobacion: Sor Victoria, la excelente Sor Victoria, mi maestra de medicina, el modelo de la paciencia y de la caridad, era tambien, como tu servidora, llamada á Paris, y subimos juntas el carruaje que nos debia conducir.

Díme, ¿me creías bastante excenta de egoismo, para que sintiera que la pobre corriera mi suerte? Pues no, no tengo tanta virtud para

eso, y aunque me lo repruebes, no te disimularé que su compañía contribuyó de un modo especial para hacerme el viaje ménos triste de lo que habia pensado. ¡Oh! me decia á mis solas, durante el camino, ¡si fuera tanta mi dicha que nos mandaran á las dos á la misma casa!..... y despues procuraba quitarme esa idea que me parecia demasiado bella, para pasar de solo una ilusion, ó un lazo del enemigo, ó un simple sueño, que no me dejaría al despertar más que el dolor de haberme dejado engañar por los de mi corazon.

Pues bien, ¡no fué ilusion! al dia siguiente de nuestra llegada á la casa central, la Superiora general nos llamó, y avisó á Sor Victoria que la habia elejido para reemplazar en el hospital de San Luis, á la Superiora que habia sido trasladada á otro punto pocas semanas ántes. A semejante noticia, Sor Victoria lloró, se puso de rodillas y suplicó á Nuestra Madre general, que no le impusiese una carga que conocía era excesiva para su debilidad; pero como era debido, no se atendieron de ningun modo á sus razones, inspiradas por la humildad, y no se le contestó más sino que fuese inmediatamente á llenar su nuevo destino, y que me

llevase consigo para ocupar el lugar de otra novicia que habia fallecido pocos dias ántes....

¿Concibes mi alegría? Fué tanta, que poco faltó para que abrazara á nuestra reverenda Madre general, dándola las gracias por ese favor. Pero por fortuna, y poca virtud mia, se me ocurrió que iba yo á poner con eso en riesgo mi felicidad, y así me contenté con responder con los ojos bajos, que estaba yo pronta á obedecer. Dos horas despues una de las dignatarias de la comunidad, presentaba la nueva Superiora á sus hijas, que contándome á mí, somos veinte. Son muchas para decirte sus nombres y hablarte de todas ellas; conténtate con saber que estoy encargada, en compañía de otra hermana jóven y muy simpática, llamada María, de una sala de mujeres.... no quisiera decirte el nombre de su enfermedad, porque quizá no te atrevas ni aun á tocar mi carta; sin embargo, como te creo muy léjos de toda puerilidad, te diré que es la fiebre tifoidea.

He venido á ocupar el lugar de Sor Isabel, así se llamaba mi antecesora, era el ejemplar de toda la casa, y su celo y su caridad hicieron que alcanzara en breve tiempo el premio, mereciendo morir víctima de su abnegacion, de la

misma enfermedad que sus amadas pobres, á quienes atendia con un cariño y una ternura sin igual. ¿Qué léjos estoy de imitarla! Ruégale mucho á Dios que siquiera no sirva yo aquí de escándalo con mis imperfecciones y defectos que resaltarán más con el recuerdo de aquella cuyas virtudes exhalan todavía tan delicioso perfume y que soy tan indigna de sustituir....

Si quieres alguna vez venirme á curar, te ofrezco desde luego una cama, pues es uno de los establecimientos mejor atendidos. Se admiten de toda especie de enfermedades, principalmente crónicas; teniendo, además, salas para lazarinos, heridos, etc.; y un departamento aparte para esas pobres mujeres que la sociedad desecha despues de haber causado su desgracia y que nuestros autores modernos llaman "mujeres sin nombre."

Nos esforzamos mucho en inspirarles algunos sentimientos de arrepentimiento á tan desgraciadas criaturas, y de léjos en léjos tenemos el consuelo de ver que una que otra, movida por la gracia, se convierte sinceramente y cambia de vida; pero por desgracia semejantes ejemplos son muy raros.

Para que no nos falten al respeto, tenemos que mostrarnos severas con ellas, y de vez en cuando es preciso sostener nuestra autoridad con actos de rigor. Nos aman, pero nos temen, y nunca nos faltan en cosa grave. En compensacion se desquitan con las criadas y los domésticos, por lo que no se pasa semana alguna sin tener que poner á varias en el calabozo, donde se les reduce á la razon no dándolas de comer más que pan y agua. El otro día ví á una en ese lugar, tan estrecho y oscuro que causa horror, pero sus imprecaciones y malas palabras me hicieron alejar cuanto antes, sin atreverme ni á compadecerla.

Están divididas en *buenas* y *malas*; estas se hallan verdaderamente como en una cárcel: aquellas tienen un jardin donde se pasean, pero ningunas tienen comunicacion con los otros enfermos, hombres ó mujeres, y aun nosotras no las curamos con nuestras manos, siendo las únicas enfermas que Nuestro Santo Padre no quiso que asistiéramos personalmente.

Este establecimiento, que es muy hermoso y vasto, contiene cerca de setecientas camas, y recibe al año de cinco á seis mil enfermos. Cuando vengas á verme, necesitarás á lo mé-

nos dos dias para visitarlo en todos sus detalles; porque si Dios nos presta la vida algunos años más á tí y á mí, por más que no quieras, querida Carolina, he de tener el gusto de verte de hermana de la Caridad, y aquí es adonde has de venir á ser postulanta, ¿no es verdad? ¡Oh! si! si pasaras solamente ocho dias conmigo, ya no te querías ir, y repetirias aquellas hermosas palabras del Profeta: “Un dia pasado en vuestra casa, Señor, vale más que muchos años en otra parte. Por esto elejí mejor ser la última en la casa de mi Dios, que habitar bajo las tiendas de los pecadores!”

Ojalá que algun dia podamos postrarnos juntas, querida Carolina, y cantar al pié de los altares este otro versículo: “¡Dichosos los que habitan en vuestra casa, Señor, ellos os alabarán por los siglos de los siglos!”

Así nos lo conceda, es lo que te desea tu amiga.

SOR TERESA.

CARTA XXIV.

Paris, Hospital de San Luis.

Si yo no fuera hermana de la Caridad, querida Carolina, diria tal vez como tú, que Dios nos ha abandonado; pero, hija de San Vicente de Paul, no puedo hablar así, y antes creo que el Señor, nuestro buen Padre, no ha permitido la invasion del cólera en Francia, sino para darnos una nueva ocasion de probarle nuestro amor, glorificar su nombre y bendecir su misericordia: ¡ojalá que se derrame abundantemente sobre los pecadores! ¡Oh! cuántos santos hay en el cielo, que jamás lo hubieran sido si Dios no los hiriera en sus cuerpos ó en sus afecciones! Y además, Carolina, ¿durante las calamidades públicas, no es el tiempo en que triunfa la caridad? Quién se atreverá a negarlo, viendo cómo se multiplica en esos momen-

tos de terror, lo ingeniosa que se muestra en socorrer tan grandes sufrimientos; lo inagotable que es, y lo digna de las recompensas de Dios, que ha dicho: "Amad á vuestros hermanos como á vosotros mismos?"

Mucho he sentido que los periódicos te hayan instruido de que el Hospital de San Luis era uno de los destinados á recibir á los coléricos; yo pensaba ocultártelo para que no entraras en inquietud; pero puesto que lo sabes, solo te ruego que no te apures tan sin razon.

Estoy perfectamente, aunque ocupada dia y noche en asistir á los desgraciados que llenan nuestras salas; no tengo sintoma alguno capaz de alarmarte por mi salud. ¿Crees tú que nuestra Madre me habia de exponer inútilmente, y haria poco caso de mí, si hubiera sombra de peligro próximo?

Ten una poca de confianza en su prudencia, y mucha en Dios que vela sobre sus hijos. Por otra parte, soy criada y servidora de los pobres, ¿y habia de abandonar mi puesto y faltar á mis deberes, cuando ellos los reclaman con mayor apremio, solo porque á tí te parece que corro algun riesgo? Te conozco demasiado para creer que quisieras aconsejarme otra

cosa; pero si así lo hicieras, siento decirte que ya no creería en tu amistad, la que consideraría solo como una afeccion puramente humana, que no reconocería á Dios y su santo amor por lazo y por principio.

Te escribo de prisa, y termino abrazándote; sobre todo, entra en razon si quieres que te complazca dándote noticia de mí las más veces que pueda. Pero como me sería difícil darte gusto á tí y á mi familia, he arreglado que les escribiré alternativamente y que vdes. se comunicarán entre si mis cartas. Le mandé á mi mamá una série de precauciones que se deben tomar, segun dicen los médicos, para preservarse de la epidemia; pídeselas para leerlas, y por el cariño que me tienes, te pido que las uses.

Adios, no olvides que, suceda lo que sucediere, en lo que debemos trabajar siempre es en reunirnos algun dia en el seno de Dios.—
Tu amiga

SOR TERESA.

Nota del Editor.—Creemos de nuestro deber prevenir á nuestros lectores, que aquí hemos suprimido varias cartas que no eran, segun decia Sor Teresa, sino simples boletines de su salud.

CARTA XXV.

Paris, Hospital de San Luis.

Comenzamos á respirar un poco, querida Carolina; el azote disminuye diariamente en intensidad y el número de muertos es mucho menor. Quiera Dios que así siga, y ojalá que este terrible castigo de su justicia haga reflorar en nuestra patria la religion ¡ay! tan despreciada en nuestros dias. Y sin embargo, ¿quién otra más que ella se ha mostrado en este tiempo de prueba, tan pródiga de beneficios, aun para con los ingratos que rehusan confesar que es ella, como su Divino Autor, toda santidad y toda amor?

¡Ah! sin esta sublime religion, fuente de tantos heróicos sacrificios, ¿qué hubiera sucedido con este pobre pueblo, á quien se le habia hecho creer que su arzobispo y sus sacerdotes